

Alonso Arreola

alareo@yahoo.com

The Hives: regresa el hervidero

Justo se cumplen tres años de aquella noche en el Circo Volador cuando el quinteto sueco The Hives sorprendió a una nueva generación de melómanos que, inconforme con la ligereza del revival punketo de entonces, se inclinaba hacia un rock más clásico y retro, consciente de sus raíces y que no renunciaba ni a la velocidad ni a la distorsión conseguidas a principios de siglo.

Al lado de otras bandas emblemáticas como The White Stripes, The Strokes y Franz Ferdinand, los Hives parecieron limitarse en sus inicios, clínicamente, a The Rolling Stones; sin embargo, esta impresión cambiaría con la consistencia y definido estilo de su discografía.

Creado en la ciudad de Fagerstan en 1993, el sonido garage fue —y es— el motor esencial del grupo cuya existencia se debe, sobre todo, a su líder, fundador y compositor principal Randy Fitzsimmons. Alrededor de él surgió una tropa con apodosos rimbombantes y trajes de gala, llamativa, estéticamente congruente y ajena al desparpajo de sus contemporáneos.

Así, de sus inicios a nuestros días, The Hives ha sido conformado por Vigilante Carlstroem (guitarra), Nicholas Arson (guitarra), Howlin' Pelle Almqvist (voz), Chris Dangeros (batería) y Dr. Matt Destruction (bajo). Claro que otra cosa que llamó la atención fue que su cantante era un verdadero front man, y no un guitarrista que además hacía las veces de vocalista. Pequeña diferencia, éstable dio un sello distintivo al que desgraciadamente pocas agrupaciones —como The Killers— han dado importancia.

Comprimiendo su historia discográfica, diremos que en 1995 editaron un primer LP (disco de corta duración) llamado *Oh Lord! When? How?* Dos años después, consumaron un LP (larga duración), *Bobery Legol*, el que inmediatamente los llevó a dar la vuelta al mundo. Luego hubo otros LPs hasta que en 2000 editaron su disco más importan-

te y afamado, *Veni Vidi Vicius* (puesto número siete de la Gran Bretaña y sesenta y tres de Estados Unidos).

Vino así el típico relajamiento tras el éxito. Pasaron cuatro años y la banda presentó el álbum *Tyrannosaurus Hives*, cuyo sencillo "Walk Idiot Walk" la trajo a debutar a México. De tal gira existe un DVD de 2005: *Tussles in Brussels*. Entonces llegaron sus colaboraciones en películas (*Spider Man*), videojuegos y comerciales, así como alianzas con reconocidos productores y músicos (Timbaland y Moneybrother). Finalmente, 2007 vio nacer su más reciente placa, *The Black and White Album*, un trabajo en el que perfeccionaron su sonido y con el cual visitarán Ciudad de México nuevamente (Salón Vive Cuervo, 17 de febrero).

Pero, ¿a qué nos referimos cuando decimos que se han perfeccionado? Bueno, cuando un grupo de rock se inclina por el formato antonómico de dos guitarras, bajo, batería y voz, y cuando sus pretensiones no intentan colindar con la vanguardia, lo que resta es "la canción" en su estado original, esa que será juzgada por su lírica y relámpagos de originalidad rítmico-armónica, mas no por su espíritu formalmente revolucionario.

Rock para entretenerse, el de los Hives logra un equilibrio raro en la música

pop de nuestros días. Juguetón, rápido, pegajoso, su contenido lírico está lleno de onomatopeyas, gritos y exclamaciones sin sentido, de frases cliché y pobreza intelectual, hasta que de pronto dispara versadas intensas, surrealistas, encomiables en un contexto tan comercial. Aquí un ejemplo extraído de su último disco, *The White and Black Album*: "Todos son perdedores en el mundo moderno. Mira a todos esos pequeños niños y niñas grises. Todo lo que tienen son problemas e infortunios. Sacúdetelos restos de los hombros, así es como va el asunto... Haciendo malabares con sietras en una sola mano. Cayendo por la escalera con una banda militar. Nadando a través del océano en un traje de concreto. Tratando de que te crezca la barba pero permaneciendo lindo."

Más habría que decir sobre su presencia escénica, impecable recordatorio de las bandas de baile de los años cincuenta. También podríamos abundar sobre su sonido cortante, cuchilla disfrutable para el cuerpo entero. Pero aquí dejémoslo. Es domingo. Hay muchas otras cosas que hacer antes de que caiga la tarde •

BEMOL SOSTENIDO



Luis Tovar

cinexcusas@yahoo.com

Deudas (II y última)

Quien ya la vio sabe que *Cobrador: in god we trust* (2006) es una película que rechaza la pasividad de aquel espectador sólo anhelante de ver que la pantalla le ofrezca una pieza previamente digerida, lista para un consumo rápido y prontamente olvidable. Sabe también que esa anticomplacencia estructural se traduce en un discurso cinematográfico cuyas rutas no son, ni con mucho, las que suele seguir en estos tiempos la abrumadora mayoría de aquellos que como espectadores suele ofrecérsenos en la cartelera comercial.

Sabe también que, a diferencia de dicha mayoría, el trazo narrativo de *Cobrador* tiene poco que ver con la intención simple de ir de un punto A a un punto B a la brevedad posible y con la mayor economía de recursos. Tampoco ignora que, de entrada, esa dislocación del canon —que por cierto no es nueva ni ha sido inventada por Paul Leduc— produce incomodidad, cuando no desasosiego. Al principio de la película puede experimentarse la sensación de que nada tiene sentido, que el contenido de las escenas y la manera en que han sido secuenciadas pertenecen al terreno de lo gratuito, cuando no de lo fallido. Puede sentirse con claridad que ahí, en alguno de los muchos e interrelacionados componentes fílmicos, hay un error.

Lo que sucede inmediatamente después tiene la forma de un camino que se bifurca: o bien algo dentro de nuestras cabezas se agrupa bajo la silueta del rechazo, o bien comienza a despuntar, primero con tibieza y más adelante como envuelta en llamas, la comprensión, es decir, la organización coherente de un conjunto de datos externos —en este caso la trama, la imagen, el discurso fílmico en general— que en un principio parecían carecer precisamente de coherencia. Cuando esta última hace su arribo, el golpe al intelecto es fortísimo, pues entonces queda claro que la principal búsqueda de *Cobrador* es confrontar a quien la ve con la paradoja inmanejable de que, en este mundo y

este tiempo, la única cosa en verdad coherente y provista de lógica es la violencia.

Así abre la cinta y así cierra, con la puesta en práctica de la violencia, sin escatimar nada en cuanto a crudeza, gratuidad —aquí sí—, aparente falta de asideros causal-consecuencia, explicaciones plausibles... Un estadounidense de clase baja se atiende

por un dentista de los servicios sociales del Estado y la sesión concluye con un crimen; otro estadounidense, éste de clase acomodada, se refocila asesinando mujeres de ascendencia latina; un oscuro policía brasileño pretende hallarle sentido a su vida convirtiéndose en una triste máquina de matar. Todos ellos pertenecen a este mundo, padecen las mismas taras éticas que lo alestargan y, por lo tanto, al mismo tiempo que son victimarios fungen como víctimas de una organización humana fuera de su alcance. Pez grande que se come al chico, ley de la jungla, supervivencia del más fuerte, todo eso en tiempos de la globalización, o para decirlo más correctamente, en tiempos de la hegemonía del capital y la consecuente preeminencia de sus necesidades, sus puntos de vista y sus prioridades.

En medio de esa masificación de la violencia, la miseria y la cancelación del futuro, los individuos ofrecen la mínima pero a la vez poderosa rebelión de sus sueños. Por eso el estadounidense de clase baja se ve a sí mismo convertido en eso que no es ni puede ser. Entre otras cosas, un héroe para estos tiempos; uno anónimo, escu-

CINEXCUSAS



Foto: www.cobrador.com.mx



Escena de Cobrador

dado en la necesidad de recuperar todo aquello que la organización social le ha birlado a él y a los que son como él. Por eso habla de deudas, por eso decide atacar al sistema ni más ni menos que con las armas que el propio sistema ha prohibido, haciendo caso omiso a la ley tácita según la cual dichas armas son virtuosas cuando están en manos de los poderosos, y son perniciosas cuando se hallan en poder de los demás.

Quien ha vivido en este mundo sabe que la violencia no tiene lógica, por más que se la intente justificar con razones de seguridad de Estado, étnicas, religiosas, etcétera. La lógica de la violencia, si es que tiene alguna, no podría ser sino interna o, en este caso, soterrada, vale decir oculta, no visible ni susceptible de expresarse discursivamente ni siquiera por quien la perpetra. El mayor acierto de *Cobrador*, además de su impecable factura y de su osadía formal, es haberle dado forma a buen número de preguntas en torno a un presente y un futuro en el que los sueños que nada tienen que ver con la violencia parecieran cancelados •

